

RASGOS DE LA GEOGRAFIA ACTUAL Y SU ENSEÑANZA EN LA UNIVERSIDAD

Usuardo Ramírez Rico*

Ex-decano de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
de la Universidad del Valle

INTRODUCCIÓN

Esta presentación debe entenderse como una reflexión personal sobre algunos rasgos de la Geografía actual y su enseñanza en la Universidad. El objetivo es exponer conceptos geográficos y mostrar la necesidad de que sean trabajados dentro de una geografía educativa más crítica.

La ponencia se desarrolla en las siguientes partes: La afirmación de que en un mundo cada vez más globalizado, el Estado está dando pasos a otras delimitaciones territoriales; se menciona luego funciones de identidad, integración y desarrollo de valores que tiene la Geografía Educativa y concluye con el tema sobre formación o información en la enseñanza de la Geografía, la investigación geográfica universitaria y la estrecha relación que ésta tiene con la consecución de una enseñanza eficaz.

RASGOS Y FUNCIONES DE LA GEOGRAFÍA ACTUAL

Desde los primeros momentos de la institucionalización educativa, la Geografía se encuentra presente en los planes de estudio de la mayoría de países del mundo como materia educativa, en forma independiente o dentro de una área más amplia, por ser un instrumento necesario en la afirmación de las personas y del Estado. En Europa está presente en más de 20 países y sólo en Islandia y Eslovaquia no se precisa claramente, hecho que no implica que no se estudien conceptos geográficos. Es una disciplina obligatoria en los medios de enseñanza escolar de África y de toda América.

Pero si la presencia de la Geografía, en los diferentes planes de estudio, es un hecho real, cuestión distinta son sus contenidos y formas de entender la materia en cada Estado. Esta variedad se da por diferentes motivos, algunos intrínsecos al desarrollo de la disciplina y otros en función de los objetivos que se pretendan con ella. De esta forma en cada país se pueden encontrar matices diferenciadores.

Como en cualquier disciplina el sentido de la Geografía evoluciona. Así desde fines del XIX se refuerza el paradigma patriótico, la escuela transmite la primacía del Estado con su identidad y sus límites; poco a poco se pasa de enseñar una geografía de un mundo de grandes naciones que dominan a las más pequeñas y a las colonias, a una geografía de bloques antagónicos. En la actualidad, con la globalización y la mundialización, se debe enseñar una Geografía que desde lo

local se aproxime a lo mundial. Lo general y lo particular tienen hoy unos términos nuevos, globalización y fragmentación, que se sintetizan en uno, glocalización (Villanueva, 2002).

En este proceso de globalización está apareciendo un mundo distinto, con una sociedad, una economía y una cultura diferente que minimiza y reduce la distancia espacial a tiempos y posibilidad de recepción de señales, que virtualiza la realidad y basa la economía en la información. Estos factores hacen surgir un nuevo mapa del mundo, con nuevas "tierras incógnitas", tierras que pasan de la "dependencia a la irrelevancia" y que lógicamente surgen de una exclusión de los flujos de riqueza y del nulo interés político y estratégico que despiertan. Son territorios fuera de control, al margen del sistema, con una estructura y funcionamiento cada vez más complejo (Villanueva, op.cit:3).

Cabe preguntarse qué sentido pasa a tener la enseñanza de la Geografía frente a esta globalización y nuevos regionalismos que van aflorando con fuerza. El Estado está siendo sometido a un doble proceso de cesión de su soberanía hacia instancias superiores, estados supranacionales, instituciones culturales e instancias inferiores, tales como regiones y ciudades; unas y otras, están adquiriendo cada vez más un mayor protagonismo.

Independientemente de los nuevos tiempos y espacios, así como de las nuevas necesidades puntuales en algunas áreas y de la más imperiosa e ineludible adaptación a los cambios, lo cierto es que la enseñanza de la Geografía parece responder a tres funciones muy claras: formar una identidad nacional o comunitaria, facilitar la integración en espacios más amplios y transmitir valores éticos y cívicos.

Estos objetivos se enlazan o superponen en función de las épocas y los países, el sistema político que impere y el ambiente que se respire.

En unos tiempos en los que el discurso comunitario vincula identidad, territorio y política, la globalización es una maraña de flujos y decisiones económicas que abarcan una escala planetaria y paralelamente brotan con fuerza escalas menores fruto de la fragmentación de las existentes oficialmente.

¿Qué aporta la geografía hoy? La respuesta es un triple cometido forjador de identidad, integrador y cívico.

CONFERIR UNA IDENTIDAD

Normalmente en los centros educativos es donde se aprenden las diferentes representaciones del territorio con las que el individuo se va identificando, aunque algunos sentimientos de pertenencia emanan de los padres, los vecinos y personas que se comunican con los alumnos. Hay países nuevos o antiguos con un marcado centralismo donde la identidad se relaciona con el territorio nacional. En otras ocasiones no se da una identificación tan fuerte con un Estado y sí con un área que puede ser de menor o mayor escala que éste. En ocasiones los individuos se inscriben en relaciones aparentemente no espaciales, pero que en realidad lo son también, aunque de un modo contingente, como posibilidad, (filatélicos, feministas, ínter nautas).

Así pues, en lo que respecta al sentido de identidad, todo dependerá de los agentes sociales y su influencia, los planes de estudios, cuestionarios y diseños curriculares y toda esta normativa educativa tiene siempre una aprobación política y en última instancia la identidad estará en función de cada persona pues los sentimientos nunca pueden ser impuestos. Cuando creamos o vivimos lugares, creamos identidades, por tanto la *identidad* en cierto sentido se está construyendo siempre.

Vemos que la identidad es un fenómeno relacional que se traduce en diferentes opciones. La aparición proviene siempre de una interacción con elementos naturales, con formas de vida y modos de expresión. Hay que destacar que la relación puede variar en el tiempo y en el espacio.

Junto al concepto de identidad es preciso señalar también el concepto de *ciudadanía*. A escala europea, cada vez tiene una mayor capacidad de atracción la región, considerada como unidad básica de afiliación social, ofrece un potencial de ciudadanía mucho más directa y personalizada, de forma que van apareciendo nuevas modalidades de compromiso político.

Una ciudadanía sentida conlleva un mayor grado de participación, respeto y compromiso político. No olvidemos que la ciudadanía entendida en un sentido estricto como de pertenencia a un Estado soberano, encubre un sin fin de desigualdades. Es más, sería conveniente valorar cada vez en mayor medida, la ciudadanía como un atributo civil que se obtiene mediante la residencia en un lugar, la actividad laboral. En última instancia, todo es cuestión de sentimientos y se da un "nacionalismo a distancia" máxime cuando los movimientos migratorios cada vez son más importantes.

La movilidad explica el concepto de ciudadanía fluida, en función de la residencia y no con el nacimiento. Esa movilidad es la causante de que la arquitectura mundial se esté modificando profundamente. La movilidad de hombres, informaciones, bienes, implica la idea de globalización, que sólo aparentemente es opuesta al arraigo territorial.

INTEGRACIÓN

Existe el deber de apertura, aunque ésta se funda en una paradoja pues los pueblos desean conocer a los demás en la medida que se representan a sí mismos en el centro del mundo. Sea como fuere, lo cierto es que se precisa una educación de la pluralidad y este tipo de educación implica conocer y presentar una actitud de respeto a lo diferente.

La geografía tiende a la apertura e invita a conocer a los demás. Es universalista, trasciende la función de conferir la identidad, que hemos tratado en el punto anterior y contribuye a situarnos en relación con los demás. La geografía educativa tiene mucho que decir en la necesidad cada vez mayor que se tiene de una educación de la pluralidad y este tipo de educación implica conocer y presentar una actitud de respeto a lo diferente.

En una sociedad cada vez más interconectada y compleja se necesitan visiones amplias que contemplen un patriotismo de pluralidad. El internacionalismo no es el antídoto del nacionalismo, las tendencias se resuelven en este caso en el plurinacionalismo.

A la vez que se crea un espíritu de comprensión internacional, una nación o una persona que vive en contacto con otras personas y otras comunidades, evita su atrofiamiento.

Sólo una cultura viva, mantenedora de sus orígenes y creativa a la vez, es capaz de soportar el encuentro con otras culturas.

TRANSMISOR DE VALORES

Se trata de dar a conocer el contrato social que une a los individuos con la sociedad. La geografía debe aportar la dimensión ética. No se trata de adoctrinar, sino de ilustrar. Solidaridad, libertad, laicismo (libertad de conciencia y religión), derechos del individuo, son valores que se pueden fomentar a través de la geografía. Y no olvidemos que el verdadero cerrojo de seguridad que

impide a la enseñanza caer en el adoctrinamiento, no es otro que crear una conciencia crítica que permita a los alumnos cuestionar incluso los valores democráticos que se les proponen.

Es fundamental el valor de la geografía para enseñar a ser, para trabajar la tolerancia o para el respeto. Es cuestión de detalles, emplear un término u otro, si bien es claro que tolerar lleva un matiz de aceptación de algo no permitido y aunque, por ejemplo, Primatesta autor del vigente plan de estudios de Ginebra, trabaja el concepto de "educación para la tolerancia", es mejor hablar de "educación para el respeto mutuo".

El lenguaje ético toma aires renovados, se acabó el monopolio del racionalismo, es preciso desarrollar lo que Max Weber denominó la ética de la responsabilidad. A finales de los años noventa Xosé Manuel Souto, geógrafo controvertido, dice respecto a la *geografía*:

"La geografía ha educado técnica, moral e ideológicamente a la sociedad. Ahora tiene ante sí el reto de una enseñanza para una ética intercultural y para formar ciudadanos con una actitud crítica, en la que la autonomía intelectual de los alumnos permita elaborar opiniones argumentadas sobre el mundo en que vivimos" (Souto González, 2001:78)

Aquí tenemos otra contribución destacable de la geografía, favorecer la aceptación de unos determinados valores democráticos y el desarrollo de una actitud crítica. *"La geografía coadyuda a la formación del discente en dimensiones muy variadas, pero recientemente se está poniendo mayor énfasis en aspectos estéticos, éticos y políticos". (Villanueva, ibid:4).*

NUEVO MAPA DEL MUNDO, FRONTERAS Y REPRESENTACIONES

Tanto el territorio local, regional o nacional, como el Planeta son mundos de representaciones que existen relativamente fuera de nuestras construcciones intelectuales. Ahora bien, está claro que esas representaciones van a depender de las concepciones que se transmitan y de las diferentes percepciones y aspiraciones que se tengan.

A la geografía le interesa la vida de los territorios. La geografía según Andre y Bailly es un conocimiento del conocimiento.

Un conocimiento del conocimiento es representación elaborada por los geógrafos sobre el modo en que las sociedades y las personas transcriben en imágenes sus experiencias del entorno ¿Pero qué conocimiento? ¿Cómo representar ese conocimiento? El conocimiento varía y será diferente su percepción según la edad del alumno y su propia experiencia, no nos detendremos ahora en el qué sino que precisamos el cómo. Tanto en la identidad como en la integración resulta difícil y problemático llegar a una representación y asimilación si no hay espacios delimitados, fronteras, vistas no como separación sino como unión. Las fronteras como nexos aglutinantes, espacios de convivencia y confrontación de culturas; lo fronterizo es siempre plural y por tanto más rico en matices.

Hemos entrado en la era de la complejidad y ello implica la necesidad de buscar nuevas interpretaciones e imágenes. La nueva cartografía debe contemplar la deconstrucción y reconstrucción de instituciones políticas, la globalización de la producción económica, alfabetismos tecnológicos, fundamentalismos y crisis ambientales, nada sencillo ya que las divisiones con criterios sociales son más imprecisas que las estatales.

La evolución actual del mundo, fruto de la aceleración y la movilidad, incita a algunos a anunciar el fin de la historia y la geografía y el establecimiento de un orden mundial nuevo, sin fronteras, como si se pudiesen borrar tan fácilmente los territorios, con sus límites, historia y cultura, o no

estuviesen apareciendo nuevas delimitaciones. Qué decir de las fronteras culturales o de problemas regionales tal como lo ejemplifica Bolivia que en el año 1996 amenazaba con buscar una incorporación a Argentina.

El concepto de frontera es toda una necesidad para el hombre, tal como algunos pueden demostrar; su ausencia produce una sensación de vacío psicológico, de pérdida de seguridad, y si se quitan las fronteras aparecen otras formas de división, nuevas barreras o simplemente delimitaciones. Algunos hablan de límite al referirse a las naciones sin Estado, es algo más impreciso en esa acepción, si bien límite equivale a cierre y por tanto separación y prohibición. La frontera es una variedad de límite claramente cartografiable, dado que su característica es estar preservada jurídicamente.

L. López Trigal y P. Benito del Pozo distinguen respecto del término frontera dos acepciones, la frontera-línea y la frontera-zona. Si la frontera como línea es inviolable la frontera como zona es espacio intermedio de convergencia, de hibridez, de yuxtaposición de sujetos, instituciones y prácticas pertenecientes a contextos diferentes. Es la *border o línea*, y *la frontier o zona*. La frontera como zona lo es desde una perspectiva cultural y geográfica, como línea la frontera es consecuencia de un acuerdo jurídico o político que desde finales del siglo XVIII se empieza a establecer en tratados, ya que anteriormente el *limes* romano o la marca medieval se asemejaban más a la frontera como zona.

Las fronteras entre estados han sido por lo general espacio de conflictos, aunque en ocasiones hay acuerdos de colaboración, como ejemplo basta ver el caso estadounidense para observar la diferencia de manejo entre la frontera cooperación Estados Unidos-Canadá y la frontera conflictiva Estados Unidos-México. Si la problemática y falta de acuerdo es constante en una perspectiva política, cultural, económica o de nuevo diseño originado en una sociedad cada vez más mundializada, dicha problemática se agrava.

Un mundo complejo, unas nuevas delimitaciones, una necesidad cada vez mayor de conocer otras visiones hacen que si siempre es necesario saber a qué atenernos, en cualquier situación próxima o lejana, lo es todavía más dentro del mundo en el que vivimos. Es algo imprescindible el situarnos para determinar y solucionar los problemas que se nos planean. Por ello son imprescindibles las representaciones (López,1999).

“Aprender a vivir juntos significa ante todo aprender a comprender al otro y sus representaciones espaciales” (Andre,Op.Cit:311).

Hasta ahora se ha dado preferencia a los modelos de sociedad que construyen un espacio basado en lo jurídico y en la económico. Ahora a la Geografía le interesan también los modelos del hombre que realiza unas representaciones en función del espacio vivido y percibido.

Así el espacio se convierte en territorio cuando está cargado de significado y éste procede no de arriba sino de las sociedades y seres que lo organizan y viven en él.

A aquellos que rechazan la enseñanza de lo próximo, del lugar donde se vive, habría que preguntarles si saben convivir y recordarles la pertinencia de conocer los espacios cotidianos, donde pasamos toda la vida.

José Estebanez (1990) decía que el objetivo de la Geografía era lograr una comprensión global del mundo y sus problemas y que precisamente era la dimensión espacial de los procesos la contribución que la Geografía hacía a la formación ciudadana.

¿INFORMACIÓN O FORMACIÓN DE LA GEOGRAFÍA EN LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA?

Cabe aquí señalar la contradicción existente entre la significativa presencia de la Geografía en la enseñanza escolar y universitaria y el escaso arraigo de nuestra disciplina en la sociedad. Como señalaba Alberto Luis (1980), la relevancia de una ciencia no está dada por lo que piensen de ella los científicos que la cultivan, sino por lo que opinen la sociedad y los miembros de las demás disciplinas. Quizás con excepción de Brasil, llama la atención el reducido papel social de la Geografía y la ignorancia que muestra la mayoría de los ciudadanos, sobre todo europeos y latinoamericanos, respecto al quehacer de los geógrafos. Todavía abundan las personas, incluso con estudios superiores, que cuando se les habla de la Geografía retroceden mentalmente a los años escolares y piensan en listados de producciones agrarias e industriales, repertorios de ríos, lagos y montañas o enumeraciones sin fin de países con sus capitales.

Esta percepción es extensiva a muchos científicos sociales, lo que se manifiesta en el todavía menguado número de estudios multidisciplinarios en los que participan los geógrafos o las escasas referencias bibliográficas de Geografía que figuran en los trabajos de otras ciencias sociales.

Dichas circunstancias no son ajenas al proceso de institucionalización de la disciplina en los programas docentes europeos de finales del siglo XIX y a su utilización como transmisora, junto con la Historia, de las ideologías nacionalistas y el espíritu patriótico (Capel, 1976) pero sin crítica y despojada de cualquier consideración político-social. Esta herencia ha supuesto durante décadas una carga que convierte un saber estratégico de primer orden para comprender la organización del territorio y quién se apropia del espacio en algo inocuo, descriptivo, ineficaz y despolitizado, sobre todo en su vertiente docente y universitaria, pues todavía se puede encontrar la utilización de la Geografía con fines expansionistas y de exaltación nacional. Así puede comprobarse en el prólogo realizado por Augusto Pinochet en la última *Geografía de Chile* editada por el Instituto Geográfico Militar.

De ahí se deduce que, desde el punto de vista social, la figura del geógrafo-docente siempre ha tenido primacía sobre la del geógrafo-investigador, pese a que en la Universidad se presupone que se realizan ambas actividades. Menos frecuente ha sido, por razones obvias, la figura del geógrafo-planificador, que resuelve problemas territoriales y sociales, proyecta la organización equilibrada del espacio o gestiona los recursos naturales (García y Nogué, 1992).

Es necesario matizar la opinión de Pedro Plans (1986) cuando dijo que la Universidad debía enseñar a enseñar Geografía, aún reconociendo la importancia que puede tener la didáctica para el desarrollo de la disciplina y la necesidad de fomentarla en los niveles educativos superiores, ya que la docencia geográfica superior debería trascender el simple adiestramiento pedagógico de los futuros profesores de Geografía. No se debe olvidar al respecto que casi la única posibilidad laboral de los licenciados en Geografía es la docencia, bien sea en las enseñanzas medias o en la propia Universidad, y que el hecho de que existan geógrafos profesionales brillantes o que haya geógrafos universitarios inmersos en tareas de planificación y gestión no significa que la mayoría de los jóvenes que salen de nuestras aulas puedan acceder a ese mercado de trabajo. Es imprescindible, por tanto, que la docencia universitaria responda a las críticas generalizadas de unos estudiantes que cuestionan los contenidos y objetivos de las enseñanzas geográficas que en la actualidad se les imparte y observan con desencanto manifiesto que la Universidad y la Geografía no responden a sus expectativas.

Se puede afirmar, como corrobora María Rosa Colantuono (2001), que la enseñanza de la Geografía se encuentra en una situación de crisis que acentúa la pérdida de identidad de nuestra disciplina en la sociedad. El escaso valor concedido a la Geografía, tanto por parte de la sociedad como por lo

que respecta a las instituciones académicas, ha desembocado incluso en la desaparición de la especialidad en varias Universidades prestigiosas de Estados Unidos (Capel, 1998).

Los objetivos docentes no pueden ni deben limitarse a la elaboración de los programas de las diferentes materias, al uso de las técnicas pedagógicas más adecuadas o al empleo de los distintos recursos instrumentales; deben buscar ante todo la formación integral, el compromiso y el desarrollo intelectual de los estudiantes. En la consecución de estos objetivos el profesorado ha fracasado con frecuencia porque ha tendido a transmitir muchos conocimientos, generalmente asépticos y carentes de conflicto, y escasas ideas, es decir, información en vez de formación, o dicho de otro modo, el fondo, que es lo que más interesa, se suele relegar a favor de la forma y del empleo mecánico de los recursos instrumentales.

Es necesario estimular a los alumnos hacia la curiosidad científica, el autoaprendizaje, la reflexión, el compromiso ante la realidad socio-económica, cultural, ambiental y política del entorno inmediato y del mundo, e incluso estimular el hecho de pensar por sí mismos y hacer ver las ventajas del trabajo en equipo, tanto pluridisciplinar como con otros geógrafos. Algunos geógrafos (Pontuschka, 2000) llegan a opinar que la tarea del profesor de Geografía debería centrarse en educar a los jóvenes para que no se dejen engañar por unos medios de comunicación de masas y unos sistemas educativos que inculcan de manera eficaz falsedades disfrazadas de realidad. En este sentido Horacio Capel (1998) nos previene sobre las ideas aceptadas de forma general y que se dan por ciertas sin discusión, invitándonos al mismo tiempo a practicar la disensión, el escepticismo y la propuesta de opciones diferentes que superen la simple descripción y el diagnóstico, sobre todo cuando se trata de denunciar y resolver las injusticias y desigualdades existentes en el mundo.

Todo esto ayudaría a mejorar, como señala John Fien (1992), la "Geografía personal" en cada estudiante, pues el análisis geográfico siempre será de mayor calidad si se forman ciudadanos informados, reflexivos, responsables y comprometidos con la sociedad en la que viven. Esta sólida preparación, que actualmente está ausente en la docencia geográfica de muchos países, permitiría a los alumnos el enfrentamiento con los problemas económicos, sociales, políticos, culturales y ambientales que irán apareciendo en su vida cotidiana. Por eso, apenas servirán los recursos pedagógicos y didácticos si la formación de los docentes no se centra en el desarrollo y fomento de los valores mencionados, salvo que nos resignemos a que el geógrafo sea un mero agente reproductor de la estructura social vigente y sirva a los intereses de los grupos privilegiados y no a los de los más necesitados de la sociedad.

Es, por tanto, absolutamente necesario iniciar cuanto antes estrategias capaces de regenerar la docencia geográfica en la Universidad para que la disciplina no se consolide como una actividad memorística, tradicional y no problemática, ajena a las relaciones profundas que se tejen en el espacio y a los aspectos menos visibles del territorio. Esta forma de hacer Geografía no será un hecho palpable mientras el cuerpo docente no asuma sus deficiencias actuales y no adopte con convencimiento un cambio de criterio que le lleve a transmitir al alumno metodologías, conceptos y razonamientos diferentes a los tradicionales.

En este contexto es pertinente resaltar la opinión del geógrafo uruguayo Germán Wettstein (1989) cuando señala que los geógrafos deben cuestionarse continuamente a sí mismos y a la ciencia que cultivan para ser mejores y mejorar la Geografía. Del mismo modo indica que los geógrafos deben aspirar a ser radicales evolutivos y no conservadores. Según este autor el geógrafo radical no es dogmático ni estático, proyecta hacia el exterior su propia síntesis moral y creativa acerca del mundo tal cual es, nutre su aprendizaje permanente inspirándose en la realidad cambiante que lo rodea, busca formas de comunicación con la gente común, sabe escuchar y no teme expresar su opinión, e incluso adapta e inventa periódicamente nuevas y audaces facetas para definir mejor su propia identidad. Por el contrario, y en oposición a él, un geógrafo conservador es aquel que sólo

considera la vida como una lucha económica, mira hacia el pasado y tiende a estereotipar a las personas, valora el consenso general y la disciplina, sospecha de las personalidades imprevisibles y demuestra poca tolerancia para la ambigüedad humana, es decir, por todo ello acaba siendo elitista y jerárquico.

Hay geógrafos que piensan que el cultivo de los valores progresistas o radicales en la docencia geográfica universitaria tiene más que ver con la política que con la propia Geografía, la pedagogía o la didáctica. Se olvida con demasiada frecuencia que la ciencia no es neutral y que toda pretensión de carecer ideológico es necesariamente una postura ideológica. Por si esto fuera poco, tanto la enseñanza como la investigación tienen lugar en un marco socio-político y expresan y transmiten significados de esta índole.

Los objetivos esenciales que se persiguen con la enseñanza de la Geografía varían mucho de unos países a otros, lo que constituye un reflejo del vigor de la Geografía cultivada, grado de compromiso e ideología de los profesores e investigadores y evolución epistemológica de la disciplina. Como ejemplo basta indicar el caso de cuatro países, Argentina, Brasil, Colombia y Chile sobre los que se presentaron en el 8º EGAL de Santiago de Chile diferentes ponencias acerca de la enseñanza geográfica. El diseño curricular en Argentina se elabora a partir del estudio de los elementos geográficos desde una perspectiva integral, mientras que en Brasil se busca que los estudiantes tengan acceso a una Geografía preocupada y comprometida con el hombre y la sociedad. Por su parte, la Geografía colombiana persigue la comprensión de la dinámica espacial del mundo a escala global, regional y local. En Chile, el diseño curricular de la enseñanza de la Geografía se realiza a partir del entorno más inmediato de los estudiantes. Obsérvese cómo los términos *compromiso* y *sociedad* sólo aparecen en el caso brasileño (Segrelles, 2001).

LA INVESTIGACIÓN COMO "HERRAMIENTA" DOCENTE

Los problemas que presenta la investigación son idénticos a los que exhibe la enseñanza de la Geografía, pues las dos actividades se encuentran íntimamente relacionadas y sus deficiencias se alimentan mutuamente llegando a componer un auténtico círculo vicioso. Los geógrafos que analizan el espacio con criterios clásicos y sesgados, enfoques desfasados, visión parcial de la realidad y carencia de formación teórico-social, inculcan a sus alumnos, a veces de manera inconsciente, unos mismos valores que éstos reproducirán durante su vida universitaria y una vez que finalicen sus estudios. Esta reproducción puede discurrir por caminos más complejos y afectar a las generaciones venideras si dichos discípulos llegan algún día a ser profesores de Geografía, tanto en los niveles superiores como en los primarios y secundarios.

La caída del muro de Berlín (1989) y el posterior desmembramiento de Unión Soviética (1991) han tenido como resultado inmediato el triunfo del liberalismo, la emergencia de Estados Unidos como potencia hegemónica en el planeta y la expansión de conceptos como mercado, privatización, concurrencia, competitividad, flexibilidad, librecambio o globalización, que configuran un "pensamiento único" con tal poder de penetración en las mentes que ahoga cualquier intento de reflexión libre y rechaza todo razonamiento que no se ajuste a la doctrina imperante. Esta concepción neoliberal del mundo impregna de su tiranía económica a la ciencia y al conjunto de la sociedad. No son pocos los intelectuales y científicos adormecidos por la profusión de unas ideas que bloquean toda capacidad de respuesta, cuando no colaboran activamente, vendiendo su auto-riedad de pensamiento, para lograr el tipo de sociedad pretendido por los grupos de poder.

La Geografía y la Universidad no constituyen una excepción a la regla general, pues una y otra no actúan como entes aislados y reflejan las tendencias socio-económicas, culturales y políticas globales. Lo peor del caso es que la nueva situación se encuentra en muchos países del mundo con

un terreno abonado por la existencia de una Universidad cada vez más conservadora y pasiva, que se aleja de los problemas que preocupan a la sociedad, y de una Geografía que nunca se desprendió del todo de los enfoques regionalistas clásicos, limitándose a observar y anotar la realidad pero sin pasar a un análisis más profundo, interrelacionado y global en el estudio de los espacios. Este enfoque aséptico, en ocasiones pseudomodernizado con un barniz *humanista o conductista*, es el que más interesa a los propagadores de la buena nueva neoliberal (Segrelles, 1998b).

Estas consideraciones hacen evocar el libro clásico de A. D. Makárov, A. V. Vóstrikov y E. N. Chesnokov (1963) por su perfecta adaptación al campo de la Geografía, ya que en él se señala que el número interminable de nombres que abunda en la literatura filosófica contemporánea (positivismo, posibilismo, neopositivismo, conductismo, fenomenología, humanismo, existencialismo...) no es en modo alguno testimonio de un florecimiento filosófico, pues todas estas corrientes, por sus raíces gnoseológicas, no son más que variedades enmascaradas del idealismo.

De manera que en la práctica sólo existirían dos líneas de pensamiento filosófico claras y antagónicas; el idealismo y el materialismo dialéctico. Para estos autores existen incluso concepciones filosóficas con un marcado carácter ecléctico donde se mezclan elementos de sistemas idealistas anteriores. Se pueden comprobar al respecto los abundantes y estrechos puntos de contacto que, por ejemplo, se identifican entre las Geografías humanista o conductista y la Geografía regionalista vidaliana.

Otras veces se produce una aparente evolución de la Geografía que viene de la mano de la introducción, más o menos generalizada, de técnicas depuradas con aplicación geográfica, estadística, matemáticas, sistemas de información, cartografía satelital, teledetección, etc. No obstante, se debe tener en cuenta que esta relativa modernización no es tal, sino que representa en realidad el reflejo evidente de una ideología muy concreta, así como una cortina de humo que sirve para ocultar enormes carencias teórico-metodológicas y agudas dificultades para aprehender y desentrañar las relaciones profundas de tipo social, económico y político que se producen en el espacio.

La proliferación cuantitativa y técnica sobre impuesta a los todavía pujantes enfoques posibilistas contribuyen aún más a vaciar de contenido la Geografía que se cultiva de modo habitual, ya que pocos investigadores inmersos en esta corriente se plantean que estos medios técnicos no son un fin en sí mismos, sino unas herramientas, por supuesto eficaces, que deben estar al servicio de una posterior interpretación y explicación del espacio con el objetivo final de lograr el progreso colectivo y una mayor justicia social. A este respecto siguen vigentes las reflexiones de varios autores (Andreski, 1973; Ackerman, 1976; Gould, 1987) sobre el "camuflaje" que en ocasiones representa la cuantificación y el prudente uso que el geógrafo debe hacer de las matemáticas, la lógica y la informática en el análisis del espacio.

La deficitaria formación que reciben los geógrafos y los futuros profesores de Geografía constituye un reflejo crítico del contexto mundial en el que se desarrolla. De aquí se desprende que las preguntas claves sobre la docencia geográfica universitaria no estriban en cómo o con qué técnicas y medios instrumentales se transmite la información, sino qué es exactamente lo que se quiere transmitir y qué fines se persiguen con ello. En la medida en que el espacio, objeto de estudio específico por parte de la Geografía, es un producto social y expresa significados sociales, el análisis geográfico debería mejorar su capacidad crítica, afrontar los problemas del mundo con un vigor renovado y adquirir una sólida base en teoría social, aspecto éste último totalmente deficitario en esa Geografía tradicional que se sigue cultivando en muchos países del mundo.

Con una formación semejante se evitaría que el profesor presentara los espacios como una realidad estática en la que los diversos componentes funcionan en forma aislada, como departamentos-estancos, haciendo hincapié todavía en lo paisajístico y en lo peculiar y singular del fenómeno estudiado, mientras que se olvidan los procesos, las generalidades, la evolución, las relaciones entre el hombre y el medio. Es así como el alumno puede recibir una clase perfectamente estructurada y clara, con el empleo de los medios didácticos auxiliares más idóneos, con un vocabulario cuidado, con aportación voluminosa y actualizada de bibliografía, pero en la que se le ofrece una visión sesgada y parcial de la realidad. Incluso en ocasiones da la sensación de que los detalles parciales no permiten divisar el conjunto, lo general, lo profundo, el todo (Seguelles, Op, Cit: 70).

De este modo el docente ignorará siempre que el territorio no es un conglomerado casual de objetos y fenómenos, desligados unos de otros y sin ninguna relación de dependencia entre sí, sino que se debe contemplar como un todo articulado en el que dichos objetos y fenómenos se hallan orgánica y recíprocamente vinculados unos a otros, dependen unos de otros y se condicionan los unos a los otros. La realidad no puede ser fragmentada o corre el riesgo de quedar desnaturalizada.

Sin embargo, y salvo honrosas excepciones, sigue siendo importante la tendencia de la Geografía hacia el estudio compartimentado del espacio y el análisis aislado de los fenómenos geográficos, hasta el punto de que nuestra disciplina no ha conseguido todavía superar aquella opinión del geógrafo brasileño Milton Santos (1979) cuando la catalogó como una ciencia "viuda del espacio". En gran medida esto se debe a que la Geografía sigue teniendo una carga ideográfica muy importante heredada de los postulados posibilistas de la escuela regional francesa, que tanta influencia tuvieron en el proceso de institucionalización académica de la Geografía en España, Portugal y el mundo latinoamericano. En definitiva, se presta más atención a lo singular, particular, único e irreplicable de los fenómenos geográficos que a los procesos, generalidades y relaciones profundas de los mismos.

La consideración parcial de la sociedad y del territorio y la negación de ambos como un todo a través del análisis fragmentado, sólo puede conducir a la obtención de resultados ineficaces y poco duraderos que no beneficiarán en modo alguno al conjunto de la sociedad, ni serán capaces de explicar el mundo, lo que sin duda representa una merma importante para la eficacia de la Geografía y de su enseñanza.

Además, el espacio y la naturaleza no son entes quietos e inmóviles, estancados e inmutables, sino que están sujetos a continuo movimiento y transformación constantes, que se renuevan y desarrollan sin cesar y en los que hay siempre algo que nace y evoluciona y algo que muere y caduca. Como señala José Estébanez (1995), en el espacio se materializa la memoria histórica, siendo un lugar de encuentro del pasado y del futuro a través de las relaciones socio-económicas del presente. Sin embargo, no se trata de un mero soporte físico de los hechos históricos, económicos, sociales, culturales o políticos, sino de un producto socio-económico. Para Milton Santos (1976), el espacio resulta del trabajo que la sociedad organiza para alcanzar sus objetivos y debe considerarse como un conjunto indisoluble en el que participan, por un lado, cierta combinación de objetos geográficos y, por otro, la vida que los colma y anima, o lo que es lo mismo, la sociedad en movimiento. El contenido (la sociedad) no es independiente de la forma (los objetos geográficos), y cada forma encierra una fracción del contenido.

Asimismo, pocas veces se le hace ver al alumno que el espacio geográfico no se reduce al panorama observable, pues los fenómenos y relaciones menos visibles también permiten comprender, y quizás con mayor intensidad, la organización del espacio. Es el caso de los poderes políticos y económicos, de las relaciones y conflictos sociales, de la toma de decisiones, de los flujos

inversores, de la aplicación selectiva del capital, de la difusión de las innovaciones, de los mercados, de la lucha por el uso del suelo o de las economías externas y de aglomeración, es decir, factores que tienen una influencia decisiva en la creación, dinámica, transformación y organización de los espacios y de las actividades que en ellos se desarrollan.

¿A QUIÉN SIRVE LA GEOGRAFÍA?

Cada vez son más abundantes e intensas las voces que abogan por la potenciación de la vertiente aplicada o práctica del saber geográfico en detrimento de la Geografía académica o teórica, lo que constituye una tendencia que ha arraigado con fuerza incluso entre los propios alumnos. Aunque el debate entre defensores y detractores de la Geografía aplicada es antiguo (George, 1967) y sobre esta cuestión se han vertido ríos de tinta, los procesos socio-económicos, políticos y culturales globales de los últimos tiempos crean un ambiente propicio para que los estudiantes vean en la aplicación práctica de la Geografía la tabla de salvación ante un futuro laboral incierto y tradicionalmente poco generoso con ellos.

También abundan los profesores que estimulan esta creencia al fomentar la idea de que la Geografía aplicada, es decir, el desempeño profesional de los geógrafos o la aplicación del saber geográfico que llevan a cabo los propios docentes universitarios, es la panacea que resuelve todos los problemas, carencias y desprestigio social de esta ciencia.

Es comprensible, aunque no aceptable, que muchos profesores universitarios intenten "vender" el producto que ofrecen, pues es necesario que todos los años exista un número suficiente de alumnos matriculados que pueda justificar inversiones, gastos, infraestructura, plantillas docentes e investigadoras. Esto resulta especialmente visible en algunos centros universitarios donde la demanda de estudios geográficos en la Universidad no suele ser por regla general muy elevada, ya que el futuro estudiante universitario opta con preferencia por cursar disciplinas con mayores posibilidades laborales. A todo ello se suma otro problema que a mi modo de ver es esencial, pues la mayoría de los alumnos de Geografía de la Universidad no eligen esta materia como primera opción, sino que lo hacen una vez que han sido rechazados, debido a sus insuficientes calificaciones previas, en otros centros, generalmente de orientación científico-técnica.

Es necesario, por lo tanto, que también en este sentido se produzca una regeneración de la Geografía que cultivamos de modo habitual y que los profesores lleven a cabo un drástico cambio de mentalidad capaz de inculcar al alumno otro tipo de valores en consonancia con lo que se supone debe ser la Universidad: el foro donde se proporciona una sólida formación teórica, humanista, social, universalista e integral y no una mera oficina de empleo.

Ahí radica el centro de la cuestión, pues aunque la Universidad también debe procurar la capacitación profesional de los estudiantes, lo esencial radica en el tipo de formación que puedan dispensar los profesores. Cuando se ha logrado una formación completa, plena y sin fisuras como geógrafo, como individuo y como miembro activo de la sociedad, lo demás, o sea, el futuro empleo, vendrá por añadidura.

En el contexto actual, la mayoría de los alumnos desprecian la teoría, los fundamentos esenciales de la disciplina, su evolución epistemológica y la investigación básica, mientras que, por el contrario magnifican la vertiente práctica y aplicada de la Geografía. Así, cada vez es más frecuente encontrar estudiantes que demandan "recetas", estrategias concretas y precisas o fórmulas cerradas que les permitan ordenar el territorio, evaluar los recursos de un área determinada, gestionar el medio ambiente, planificar los espacios rurales y urbanos o informar sobre el desarrollo local, desoyendo sistemáticamente cualquier consejo o indicación que pretenda subvertir estas

tendencias que a buen seguro tendrán consecuencias nefastas para la consolidación científica y prestigio social de la Geografía.

Resulta contradictorio el encumbramiento actual de la Geografía práctica cuando esta disciplina todavía no ha sido capaz de formular una *teoría geográfica*. Es cierto que este extremo resulta complicado por la propia aleatoriedad y dispersión de los objetos de estudio que interesan a la Geografía, pero no es del todo imposible si tenemos en cuenta lo que han logrado las ciencias económicas en dicho campo. Resulta un auténtico sin sentido clamar por la aplicación de los saberes geográficos y la profesionalización del geógrafo sin haber consolidado la ineludible fase previa de toda práctica: la teoría. Este aspecto es de suma importancia, pues las distintas concepciones paradigmáticas adoptadas por los geógrafos a lo largo del tiempo, tanto en la Universidad como en la vida normal, han provocado, como recuerda Eliseu Savério Sposito (2001), diferentes posturas y acciones en su práctica política, profesional y cotidiana. Según este mismo autor, esas diferencias son la demostración empírico-teórica de la influencia que los paradigmas provocan en el movimiento de la sociedad.

No es erróneo pensar que la Geografía académica en la mayoría de los países del mundo aparece como una disciplina ineficaz, inocua, aséptica, despolitizada, poco comprometida y ocultadora de los verdaderos procesos socio-económicos y espaciales. Al mismo tiempo, es indispensable que la Geografía tenga utilidad práctica para que no se quede sólo en un discurso ideológico y para que sus resultados beneficien al conjunto de la sociedad, sobre todo a los que más necesitan de ella.

Además de dichas consideraciones, los profesores universitarios de Geografía deberían hacer ver a sus alumnos la falta de libertad y la dependencia que deben soportar en la mayor parte de las ocasiones los geógrafos que cultivan una Geografía aplicada respecto a las instituciones, individuos o grupos, privados y públicos, que encargan los proyectos mediante contratos. En cualquier caso, tanto la Geografía práctica como la teórica deben tener siempre presente para qué sirven y al servicio de qué o de quiénes están. Ahí reside la verdadera esencia del problema y no en elegir de forma excluyente entre un tipo de Geografía u otro, ya que ambos objetivos son perfectamente compatibles, como ocurre en otras ciencias sociales, siempre y cuando se investigue con rigor, independencia, honradez y compromiso.

En un artículo (Segrelles, 1998a), abordaba estas cuestiones referentes a la Geografía práctica y teórica y hacía hincapié en quiénes son los usuarios de la investigación geográfica en España, circunstancia que puede ser extrapolada a multitud de países debido a la generalización de la pérdida de peso específico de nuestra disciplina, tanto a nivel científico, puesto que sus objetos de estudio tradicionales son cada vez más estudiados por otras ciencias (Economía, Sociología, Antropología, Ecología, Biología, Demografía), como por lo que respecta a su enseñanza.

Además de intereses político-económicos más o menos ocultos que conllevan una degradación científico-docente de la Geografía, los propios geógrafos somos responsables de esta situación. Como ya se ha mencionado, por un lado se sigue transmitiendo al alumno mucha información, carente de conflicto y escasa formación, y por otro, todavía no nos hemos desprendido, a nivel general, de esos enfoques y metodologías de tipo ideográfico que tanto han lastrado el desarrollo intelectual de la Geografía. A todo esto ha venido a sumarse durante los últimos tiempos la expansión, a mi modo de ver desmesurada, de una Geografía aplicada que está convirtiendo nuestra disciplina en una ciencia demasiado pragmática y utilitarista.

En los regímenes dictatoriales nunca estuvieron bien vistos los geógrafos planificadores, salvo que pudieran ser perfectamente controlados y sirvieran a sus intereses. En las democracias burguesas no importa que cada vez abunden más los geógrafos profesionales o que proliferen los estudios de ordenación del territorio o la gestión de los recursos, siempre y cuando el control permanezca en

las mismas manos de siempre y se oriente según las necesidades y conveniencias de los que detentan el poder económico-financiero en los distintos países y en el mundo. Estas necesidades y conveniencias no son otras que el dominio del espacio y el mantenimiento de las desigualdades sociales y desequilibrios entre áreas o países con el fin último de acumular y reproducir el capital y perpetuar el *statu quo*.

Los potenciales usuarios de la aplicación práctica de la Geografía son las diferentes administraciones del Estado, las empresas o grupos empresariales y las organizaciones sociales de diverso signo. En este sentido, se observa que tanto la Geografía universitaria como muchos centros de investigación geográfica aplicada mantienen relaciones cada vez más fluidas y estrechas con las empresas y con el Estado, que en numerosas ocasiones actúa como correa de transmisión de los intereses de esas empresas, mientras que por el contrario la interacción con las diferentes organizaciones o grupos sociales existentes es prácticamente nula.

La función social de la investigación geográfica no depende sólo de la relación que se establece con las administraciones estatales o con las corporaciones empresariales y patronales, sino también con otros agentes sociales en cuya proximidad se perciben mejor los verdaderos problemas que preocupan a los ciudadanos.

Para que la investigación geográfica aplicada fuera efectiva y útil el geógrafo tendría que estar atento a las demandas de la sociedad y tejer con ella una profunda interrelación con el fin de estructurar tanto los grandes problemas como los problemas cotidianos, proponer soluciones y ejercer un compromiso real que intentara resolver los desequilibrios, injusticias y desigualdades existentes.

Esto se podría conseguir poco a poco si la Universidad proporcionara una formación comprometida, social y solidaria a los futuros geógrafos, pero se trata de un asunto complicado porque ya de inicio la institución universitaria no suele predicar con el ejemplo, pues gran parte de la Geografía aplicada en muchos países del mundo se desarrolla en su propio seno. La vanidad, el ansia de poder y el incremento de los emolumentos percibidos se satisfacen más fácilmente trabajando para el Estado y las empresas que dedicándose a organizar contactos permanentes con ciertos colectivos sociales, como las asociaciones de vecinos, los sindicatos, las cooperativas, las asociaciones que acogen inmigrantes, los movimientos a favor de la mujer, los grupos ecologistas, los cooperantes en el Tercer Mundo, los colectivos de defensa de las minorías étnicas o los movimientos populares que luchan por la tierra o por la vivienda.

Todo ello constituye una realidad evidente que se suele ocultar al alumno de Geografía con una tremenda e injusta eficacia, pues al margen de algunos estudiantes especialmente lúcidos, la mayoría de ellos, por su propia juventud y falta de experiencia, no puede percibir esta situación sin la ayuda del profesor, el cual debería esforzarse para que el alumno fuera capaz de pensar por sí mismo sin dejarse engañar, así como transmitir la idea de que sólo de este modo, es decir, en contacto directo y solidario con los más necesitados de la sociedad y trabajando para ellos, conseguirán una formación plena e integral y la Geografía logrará el prestigio social que sin duda merece.

No obstante, existen brillantes ejemplos (Mancano, 1999, 2000) con los que se demuestra que los mecanismos de transferencia de los resultados de la investigación geográfica no se debe centrar sólo en las publicaciones o en la elaboración de proyectos, sino también en la organización periódica de seminarios, talleres, aulas populares y abiertas, cursos de capacitación, implicación político-social directa o tareas de asesoría hacia aquellos colectivos cuya voz debe oírse en la sociedad.

CONCLUSIONES

Si no deseamos que la Geografía, como disciplina esencialmente social y humana, quede relegada a un papel marginal dentro de la estructura científica y docente de muchos países del mundo, es imprescindible que los avances didácticos y pedagógicos vayan acompañados de una profunda revisión de la enseñanza de la geografía en la Universidad. Poco a poco el profesorado va convenciéndose de la urgencia de un permanente trabajo didáctico-pedagógico, abordado con una mentalidad abierta y autocrítica que logre la superación de los enfoques clásicos.

Lo fundamental no estriba en que el estudiante acumule información y se ejercite en el empleo de los diferentes recursos instrumentales de la Geografía, pues antes que geógrafo es ciudadano y miembro activo de la sociedad. Por ello, flaco favor hará el profesor que no encamine su magisterio hacia la formación integral del alumnado mediante el fomento de ciertos valores intangibles que no figuran en los textos geográficos como la iniciativa intelectual, el compromiso, la solidaridad, la independencia, las actitudes críticas y la propia autocrítica, la rebeldía ante las injusticias o el trabajo compartido.

Del mismo modo, la superación de los métodos y enfoques regionales, clásicos o modernizados, en la forma de hacer y concebir la Geografía ayudará, primero a los profesores y después a los alumnos, a cultivar una disciplina dinámica, viva, real, eficaz y comprometida que consiga el respeto social y académico que sin duda merece y que sus investigaciones sirvan a los más desfavorecidos.

Por último, el profesorado debe asumir y transmitir a los alumnos que teoría y práctica son consustanciales a la naturaleza de la Geografía y que cualquier desequilibrio entre ellas desvirtúa su carácter intrínseco. Sin embargo, en los tiempos más recientes el auge de la Geografía aplicada está convirtiendo nuestra disciplina en una mera actividad productiva, fragmentada, pragmática y utilitarista, inserta en el mercado, que resuelve cuestiones a corto plazo, que le preocupa poco el alcance de los resultados de la investigación y de quién se beneficia de ellos.

Esta concepción de la Geografía ha penetrado con fuerza incluso en la propia enseñanza universitaria, pone en peligro el desarrollo de la disciplina y su continuidad como rama de conocimiento, sobre todo ahora que se encuentra en una situación de crisis permanente debido a la pérdida de su relevancia en el mundo académico y al deterioro de su identidad en la sociedad.